

HORACIO FERRER

ATAHUALPA YUPANQUI

A don Ata, hermano mayor y maestro tan querido.
En esta pulpería la noche no se rinde,
hay alcohol, hay barajas, más que nada hay cantor.
En trasluz de tabaco se perfila una estrella
que desvela los rostros, la milonga y la voz.
Atahualpa Yupanqui ya no tiene clavijas,
afina como afinan la montaña y la fe,
tan florido y cantable como un árbol con nidos,
con su saber tan lindo que no es sólo saber.
Sus ojos con capota van de viaje,
pero el mirar se queda siempre aquí,
mirada de Atahualpa que echa coplas,
por cosas que le duelen como a mí.
La noche no se rinde ni Yupanqui
ni el vino ni se rinde la emoción,
oyendo como él canta, venturoso,
silencios con olor a corazón.
En esta pulpería le almacenan su sombra,
su gran sombra que alumbra si escasea la luz, aparcero del alma, abrazándolo siento
que lo noble del criollo se da con lentitud.
Es zurdo, así, teniendo las dos manos derechas,
con dedos que atraviesan las bagualas de a pie,
ah, poeta, que afuera está hecho de adentro:
los labios son de adentro, la guitarra también.
El vino no se rinde y al gran viejo
tan solo se le encurda el traje azul.
Afuera, ya su aurora ha comprendido
que ayer, mañana y hoy son siempre aún.
Detrás del mostrador, tirando el naípe,
la muerte, que es de tierra, murmuró:
Si él nunca hubiera dicho lo que ha dicho,
qué mundo se quedaba sin cantor.
En esta pulpería de Atahualpa,
él canta y no se rinde nuestro amor.

DE OFELIA AL PRÍNCIPE

Por mi breve cadáver macerado en tu olvido
pimpollea un misterio persuadido del gris,
nada importa al escueto cargamento, un palacio
ya se ha hundido en la oral Dinamarca y en mí.
Dios me suelta el corpiño de la voz, y te canto
con la leche de antes mis pesares; sentí
ah, sentí la blancura, la fragancia del odio
que jamás, nunca, Alteza, profanó lo que fui.
Qué rencor de horizontes me atraviesa la vista
y una pasta de añicos como un coágulo vil
se adentró en mis pupilas, metamorfosis terca
que no deja ni un fleco de tu imagen gentil.
Oh, mi príncipe, pobre, convalece hasta siempre
y vacila seguro, qué es lo que hay vivir
preguntándole al piojo o a la estrella o al niño
cómo piensa un murciélago preso de un escaupín.
Mientras busco ser agua, te recuerdo, mi Hamlet,
pasajero de todo, y al herirme un confín
me amortaja el unguento de las bodas y el salmo
de los peces me acuna, ya me voy, ya me fui.
De Shakespeare es mío

EL GORDO TRISTE

Para el gordo Pichuco,
mi viejo maestro y amigo.
Por su pinta poeta de gorrión con gomina,
por su voz que es un gato sobre ocultos platillos,
los enigmas del vino le acarician los ojos
y un dolor le perfuma la solapa y los astros.
Grita el águila taura que se posa en sus dedos convocando a los hijos en la cresta del sueño:
¡a llorar como el viento, con las lágrimas altas!
¡a cantar como el pueblo, por milonga y por llanto!
Del brazo de un arcángel y un malandra
se va con sus anteojos de dos charcos
a ver por quién se afligen las glicinas
Pichuco de los puentes en silencio.
Por gracia de morir todas las noches
jamás le viene justa muerte alguna
jamás le quedan flojas las estrellas
Pichuco de la misa en los mercados.

De qué Shakespeare lunfardo se ha escapado este hombre
que un fósforo ha visto la tormenta crecida,
que camina derecho por atriles torcidos,
que organiza glorietas para perros sin luna?
No habrá nunca un porteño tan baqueano del alba,
con sus árboles tristes que se caen de parado.
¿Quién repite esta raza, esta raza de uno,
pero, quién la repite con trabajos y todo?
Por una aristocracia arrabalera,
tan solo ha sido flaco con él mismo.
También el Tiempo es gordo, y no parece,
Pichuco de las manos como patios.
Y ahora que las aguas van más calmas
y adentro de su fueye cantan pibes,
recuerde y sueñe y viva, Gordo lindo,
amado por nosotros. Por nosotros.
y se mojan al llorar.